

manidad, por ella se ha sacrificado todo y sin reserva para ser siempre su apoyo, su consuelo, su luz, su guía, su esperanza, su amor y su más glorioso porvenir. *Ecce enim*

La imaginacion se pierde ante ese abismo de riquezas divinas, atesoradas en el santísimo corazón de María, y no alcanzará jamás á presentar un tipo ni de mayor perfeccion, ni de más gracia, ni hallarán los poetas y artistas una obra de más sublime belleza. El universo entero revelando con todas sus magnificencias la omnipotencia y sabiduría del Dios de la creacion, y toda esa hermosa perspectiva que asombra y que arrebatá nuestras miradas, es poco, hermanos míos, es como el alfabeto de la ciencia de Dios. El corazón de María es la última palabra, es la manifestacion más brillante del poder, de la sabiduría, de la bondad y de todas las perfecciones comunicables del Altísimo: *Candor est enim*; porque el corazón de María habla más alto al corazón del hombre sobre su naturaleza, sobre su degradacion y sobre los medios de su rehabilitacion que todas las maravillas del universo y todos los libros juntos; él sólo muestra la historia del género humano, como la más magnífica epopeya; reúne en torno suyo los siglos y las generaciones todas; explica el mundo antiguo y el mundo moderno, salvando aquel por las esperanzas, salvando y civilizando á éste por la fe y por el amor; y sobre todos los pueblos, y sobre todas las naciones, y sobre todas las historias, siglos y generaciones, se muestra sosteniendo el corazón del mundo y moviendo á su voluntad en la esfera de sus eternos destinos á la humanidad entera; es, en una palabra, el corazón santísimo de María el cristianismo hecho sensible, el monumento siempre vivo, siempre subsistente de la divinidad, de la religion, es un océano de gracias, un mundo de riquezas divinas, el honor del cielo, la alegría, la esperanza y el consuelo de la tierra, el principio de nuestra salud, el cetro de la fe ortodoxa; es el corazón de María todo lo que el pensamiento del ángel y del hombre pueden conce-

bir de más grande, perfecto y santo, despues de Dios, es el corazón de la Madre del Redentor del mundo, y éste título solo basta para consagrar y justificar todas las invenciones del agradecimiento, todos los movimientos elevados del alma, y todas las inspiraciones de la ternura y del amor para alabar á esa divina Madre, cuyas dulzuras emanadas de su corazón purísimo nos las ha dejado consignadas en estas consoladoras palabras: *Memoria mea*.

María profetizó, señores, que todas las tribus de la tierra la habían de bendecir. ¿y ha dejado el universo de exaltar alguna vez las grandezas de la Virgen inmaculada? ¿Las bóvedas de los templos han dejado de repetir un solo día esas misteriosas palabras nacidas del corazón de María, esas palabras que anunciaran á los siglos y á las generaciones sus futuras glorias? El catolicismo, señores, en los momentos en que estoy hablando, postrado reverente delante de los altares de María, la está saludando con religioso entusiasmo, mujer por excelencia, Madre de Dios, Madre de los pecadores, Virgen sin mancha. ¡Oh! María ha hablado á todos los tiempos venideros que escribieran dictándole ella misma el acto inmenso, el acto dominador de su real dignidad, de su gloria sobre la frente de todas las generaciones. María habló y el mundo está obedeciendo. Son, pues, las grandezas de María la obra por excelencia de Dios, es divina la Iglesia que ha recogido este imponente oráculo, y el catolicismo en cuyo seno se está cumpliendo este hecho dominador del orbe, es la religion única, verdadera, la religion del cielo ¿qué más? ¿Vosotros mismos no estais dando aquí un testimonio público y auténtico de esta verdad? ¿A qué habeis venido hoy á la casa del Señor, qué poder os ha congregado bajo estas bóvedas sagradas para celebrar el último día del mes de María? ¿No es su pensamiento, su idea, la que os impulsa á solemnizar sus triunfos y dilatar, si es posible, la inmortal verdad de ese oráculo? *Memoria mea*. ¿Y no es la Virgen Madre la que domina vuestros afec-

tos, dirige vuestras aspiraciones, impulsa vuestra piedad para tributarle tiernos homenajes de admiración, de gratitud y de amor? ¡Ah! esto es tanto más cierto cuanto que no solo aquí, sino en todo el mundo católico reina el mismo entusiasmo, se aclama á la Santísima Virgen, Madre de las misericordias, del amor y de la santa esperanza, se le ofrecen los mismos homenajes, las mismas alabanzas, y se esparcen flores sobre sus altares: *Beatam nedicent*, etc.

Para tener, hermanos míos, una idea, aunque ligera, de la grandeza, de las misericordias, del amor y de la solitud del corazón santísimo de María hácia nosotros, preciso es traer á la memoria aquel gran día en que la divina Madre aceptara la triste herencia que Jesucristo le legó al morir, día en que nos dió á luz su corazón, se hizo madre de los pecadores, y trasladó en favor nuestro todo el amor, toda la dulzura natural que su corazón atesoraba para Jesucristo. Desde entonces podemos decir con toda verdad que su corazón nos pertenece todo, esto es, su amor, su generosidad, sus piedades, su dulzura y todos los sentimientos de su ternura y compasión; y desde ese día de tiernos y consoladores recuerdos, ¿nos ha negado alguna vez sus misericordias, su amor y su clemencia? ¿Ha tenido acaso otro pensamiento, otra idea, que más le ocupe, que más le afecte, que nuestro feliz y dichoso porvenir, que ceñir nuestras sienes con la corona de la inmortalidad? Y entre tanto, ¿qué hacemos para corresponder á tanto amor? ¿A quién consagramos nuestros pensamientos, nuestras ideas y nuestras esperanzas? ¿De quién es nuestro corazón? ¿A quién pertenece, ó quién lo posee? Hermanos míos, tiempo es todavía de reconocer nuestros extravíos y nuestras ilusiones; cerca de nosotros tenemos un corazón el más puro, generoso, tierno y compasivo, un corazón en quien el Omnipotente atesoró todas las bellezas de la gracia, y todas las magnificencias de la creación; un corazón que es el abismo inagotable de la dulzura y del amor, el corazón santísi-

mo de María. Si, pues, en este hermoso mes le habeis ofrecido aromáticas flores del jardín de la religión y ceñido su frente inmaculada con hermosas coronas de virtudes y prácticas piadosas, ¿dejareis incompleta vuestra obra? ¿Os reservais lo único que puede llenar los deseos de la Santísima Virgen, colmar su dicha y la vuestra? ¿Para qué quereis entonces un corazón que no puede ser feliz, un corazón que no sabe disfrutar de las delicias y dulces encantos que nos ofrece el corazón de María, un corazón que no engrandece, alaba, venera y ama el corazón de María, y que no se consagra al corazón de María?

Sí, persuadidos como debéis estarlo, del amor, de la ternura y de la clemencia de esa Madre universal, no vacileis un momento en acercaros á ella; mirad que está esperando la ofrenda de vuestros corazones; pero no la vengais á presentar hoy votos estériles, deseos infecundos, propósitos incapaces, flores agostadas y marchitas que no pueden serle gratas; hacinad sobre sus altares todo género de acciones virtuosas, inspiradas por un convencimiento íntimo y profundo de vuestra gratitud, de vuestro deber, de vuestra admiración, de vuestra esperanza y de vuestro amor, á fin de que podais engrandecer las glorias de María, con una vida que sea una apología de su vida, con unas virtudes que sean una copia de sus virtudes, y con unas alabanzas que suban hasta el trono de sus grandezas; este es el gran pensamiento, el fin principal que al sancionar este ejercicio, esta devoción, este apostolado de caridad y de oración, dominó en el espíritu de la Iglesia; porque el mes de María no es otra cosa que una exhortación práctica á la imitación de las virtudes de la Santísima Virgen, y una renovación anual de nuestras costumbres modeladas á las virtudes de esa Madre divina á quien solemnizamos y pedimos con instancia vuelva hácia nosotros sus ojos de clemencia. ¿Qué más pensais vosotras? ¿Qué más quisiérais hacer y decirla? ¡Oh! contemplad á María cual se presenta en medio de vos.

otros, radiante de gloria y engalanada con toda la pompa y majestad de una Reina; pero embellecida con toda la ternura, con todo el amor y dulzura de una Madre; adelantaos á entregarle vuestros corazones, depositadlos sobre ese altar, puros, castos, humildes, y entonces se verificará ese cambio que debe formar toda vuestra dicha, entonces será una verdad lo que tantas veces han repetido vuestros lábios bajo las bóvedas de los templos, de ofrecerle como más gratos dones, humildes, puros y rendidos corazones. Vosotros sabéis que el corazón santísimo de María es el asilo comun en nuestras desgracias, el refugio en nuestros infortunios, el alivio en nuestras penas, el receptáculo de nuestras lágrimas, el trono desde donde escucha nuestras quejas y el propiciatorio de todos los dones, de todas las gracias, de todos los consuelos y de todas las misericordias; vosotros sabéis que un simple ruego, una lágrima, un suspiro del corazón, bastan para alcanzar todo cuanto el pecador pudiera desear de las piedades del corazón de esa Madre tierna, especialmente en este día en que se muestra tan pródiga de las riquezas de su corazón; destruyamos, hermanos míos, para hacernos dignos del amor del corazón de María, el reino del pecado, alistémonos desde hoy bajo la blanca bandera de nuestra tierna Madre, llenemos toda la tierra con las alabanzas que le son debidas, hagamos resonar nuestros templos con los cánticos de su gloria, estudiemos las riquezas de sus misericordias, penetremos en los misteriosos tesoros de sus virtudes, para derramar sobre los pueblos esos torrentes de luz recogidos al pié de los altares del corazón de María, porque publicar sus grandezas, es glorificar á Dios, y confundir al infierno; reconozcamos, en fin, en ese corazón divino, nuestro consuelo, nuestro refugio, nuestra esperanza y el apoyo de toda la humanidad, y no cesemos de repetir, poseídos de verdadero júbilo, estas palabras venidas del corazón de María, de generacion en generacion se vienen extendiendo sus misericordias en todos los que temen al Señor.

¡Oh María! porque vos sois nuestra Madre en quien nuestros corazones encuentran consuelo; venimos á terminar los cultos que os hemos consagrado en este hermoso mes de las flores. Aceptad nuestra ofrenda, no desecheis nuestros homenajes testimonio de nuestro entusiasmo; bendecid, Virgen Madre, á nuestros hijos, bendecid sus dones del alma, pobres de suyo, pero serán preciosos con vuestra bendicion. ¡Oh Madre de los pecadores! de vos nos despedimos, de vos nos separamos henchidos de celestial consuelo, ni un momento olvidaremos las santas inspiraciones que durante este mes hemos recibido, los propósitos que hemos formado, las protestas de fidelidad que hemos hecho, y las palabras que hemos empeñado de ser vuestros en la vida, para serlo tambien por toda la eternidad—AMEN.